

LA PROTESTA HUMANA

Periodico anarquista

SUSCRIPCIÓN

Trimestre \$ 1,00
Semestre 2,00
Año 4,00

Pago adelantado

Se sale todos los Sábados

Número suelto: DIEZ CENTAVOS

Dirección:

G. LAFARGA

Calle Rivadavia 1784
BUENOS AIRES

UNA CONFERENCIA DE CONTROVERSIAS

En el Centro Socialista de La Boca tuvo lugar el sábado pasado, una reunión de controversia entre los compañeros, por parte del socialismo parlamentario, Enrique Dickmann, y por parte del socialismo anárquico Pascual Guaglianone y Félix B. Basterra.

Dickman abrió el acto: dijo, en esencia, que los anarquistas han evolucionado, ya que ayer su táctica fué antiorganizadora, mientras que hoy aceptaban hasta la presidencia de las sociedades, que antes rechazaban el *boycott* y ahora era aceptado, aunque bastante exageradamente; que en otros tiempos eran enemigos de las cooperativas obreras, en tanto que hoy las toleraban. Que las huelgas eran casi desastrosas. Que el sufragio se empleaba en los pueblos más adelantados. Que los anarquistas perdíamos parte del tiempo en combatir a los socialistas. Que éramos partidarios de la violencia aunque de hecho no la ejecutásemos. Que existía una triple explotación: patronal, comercial y gubernamental, la que representaba el trabajo no pagado, la producción sobrecargada y el impuesto. Que al impuesto sólo se le combatía desde la Cámara. Dijo otras muchas cosas más sin mayor importancia. Nos tachó de pamplineros, de desorientados, de enemigos de la práctica y de hombres reñidos con el buen sentido, empleando para esto toda una ironía de *magister* que concede perdones.

Respondió Basterra. De las tácticas existentes en el socialismo, nosotros usábamos la económica, por considerarla única. Y concretó la polémica a la cuestión de las reformas.

1.° Si las ocho horas, dijo, las sanciona un parlamento ó una cámara son ineficaces y son malas: condensan el trabajo y obliga al patrón a que el obrero le trabaje en ocho lo que antes hacía en dieciséis horas; y tal había constatado el mismo Karl Marx; que, existiendo gran cantidad de brazos desocupados que hoy viven de mil maneras, éstos, si quisieran vivir trabajando diez horas, por ejemplo, no lo podrían, ya que una ley se lo impediría, por donde tendrían que reventar en medio del arroyo, como asimismo, caso de sancionarse un salario mínimo, los que hoy sobreviven con un escaso jornal, si llegaren a querer ocuparse por menos del establecido legalmente, tendrían que sucumbir en los caminos.

2.° Las contribuciones se combaten sin necesidad de una lucha electoral. La contribución religiosa, el impuesto sobre los consumos, toda clase de gravámenes no se le imponen al pueblo sino indirectamente. Pero el obrero, cuando paga caro un producto, con exigir un aumento de salario, lo ha descartado, lo descarta y lo descarta.

3.° Si el obrero está preparado para luchar políticamente, lo está también, y demasiado, para conseguir todo en la actual guerra económica.

Después entró a descargarnos de los sambenitos que nos cargan los socialistas.

Nosotros no hemos evolucionado. Organizadores hemos sido siempre, desde la Internacional a la fecha. Si ha habido

quienes han rechazado las huelgas, las sociedades obreras y el *boycott*, culpa no ha sido de la táctica sino de los individuos.

Nosotros no hemos propagado jamás la violencia, la que sólo es un hecho dependiente de millares de causas. Si al acto lo estimamos así ó asá ésta es cuestión de estética, de moral, de sentimiento, librada a los espíritus superiores y adonde no podrán penetrar los demasiado prácticos.

Respondió Dickman: que Basterra reconocía que la jornada de ocho horas era mala, lo que no es exacto, como se ve más arriba. Que Denis probaba que los obreros en Bélgica llegaron a percibir mayores salarios, consumiendo productos que anteriormente ni probaban, debido al progreso político que en ese país se realizó. Que toda propaganda abstencionista en nuestro país era inútil, porque aquí vivimos desde la independencia, en una completa anarquía. Y concluyó, como antes, tratándonos de pamplineros, etc., etc.

Le respondió Guaglianone. Demostró que, a pesar de todo lo que aseveraba Dickmann, los anarquistas no habían evolucionado ni en su doctrina ni en las líneas generales de su táctica. Que evolucionistas han sido siempre, y que de la evolución y la revolución tenían formado un tan buen concepto, que nunca necesitaron solicitar sobre ello lección alguna de los socialistas; explicó lo que entendemos por evolución é hizo ver como sin dejar de ser evolucionistas—más bien por ello mismo—somos revolucionarios.

Dijo y demostró que quienes habían evolucionado al revés eran los parlamentarios, que de anárquicos y ateos—cual fué el origen del socialismo—se han transformado en socialistas más ó menos estatistas y políticos que dentro de su partido admiten individuos de cualquier creencia religiosa, como lo sancionó el Congreso de Erfurt. Afirmó y demostró que ninguna de las reformas obreras sancionadas por el parlamento, dependieron de la acción de los diputados, sino de las agitaciones populares y de las necesidades mismas que crea la evolución económica y política, citó al propósito, las nacientes agitaciones de Italia, España, etc.

Negó a Dickman que Basterra hubiera dicho que las ocho horas son malas, haciendo constar que el pensamiento de nuestro compañero era el siguiente: toda ley, dictada por hombres que forman un conjunto heterogéneo é ignorante, no puede responder a las necesidades de todos los gremios ni a las fatigas de todos los trabajos.

Por lo tanto, toda reforma debe ser conquistada por los trabajadores, quienes la adaptarán a sus respectivos trabajos, y en relación al esfuerzo realizado.

Recordó a Dickman que su cita de Denis no probaba que el progreso político acarreará a los trabajadores un mayor bienestar económico, sino que era la evolución económica misma la que engendraba el fenómeno observado por el diputado socialista; que este fenómeno no negaba la ley de los salarios, pues la ley es relativa a las necesidades de todo momento histórico porque atraviesan los pueblos. Dijo que los Estados Unidos no era un país grande y adelantado por su acción política,—como dijo Dick-

man—pues allí se han visto vender las conciencias electorales más que en otras partes; citó, entre otros, el siguiente dato: En los Estados Unidos hay, según el profesor Bwyce, 200,000 políticos de profesión.

Respondió a Dickmann, a propósito de la abstención, diciendo que la nuestra no debe confundirse con la de los indiferentes—la nuestra es consciente y no anula la lucha. Hizo algunas consideraciones sobre el impuesto, el *Income tax*, y la acción de los diputados en el parlamento, y concluyó aseverando que nuestra táctica es, y ha sido, siempre, la económica: huelgas parciales y generales, *boycott*, *sabottage*, cooperativas de consumo y agitación popular.

Después de dos palabras finales de Dickmann y Guaglianone, quedó el acto clausurado.

Los anarquistas de La Boca han invitado a los socialistas a una nueva discusión, la cual ya aceptada por estos últimos, se celebrará el domingo 29 del corriente en el Teatro Iris.

TOLSTOY Y EL MILITARISMO

La propaganda de Tolstoy y de Doukhoborshi va dando frutos no solamente en Rusia, sino en Francia. ¿Será esto un efecto de la alianza franco-rusa? Lo dudamos, pero sea lo que sea, he aquí el hecho:

Un joven, soldado del noveno batallón de artillería de a pié, en Belfort, ha rehusado servirse de sus armas. Discípulo convencido de Tolstoy, ha declarado que sus principios le prohíben emplear elementos destinados a matar a sus semejantes. Fué amenazado con la prisión, pero resultó en vano. A causa de su insistencia va a comparecer ante el consejo de guerra del séptimo cuerpo de ejército por el delito de insubordinación.

No es solo este hecho: hace ya algún tiempo, ocho años, que en los periódicos franceses se citó el caso de un soldado, que rehusó igualmente tomar el fusil. Se le condenó a siete años de servicio y de prisión, pero al fin pudo triunfar porque fué destinado a las ambulancias.

No es, pues, único tal caso y puede asegurarse que en el porvenir será seguido de otros semejantes.

Se asegura que el soldado, del cual sentimos ignorar el nombre, tuvo este diálogo con su comandante:

El comandante.—¿Cuál ha sido de paisano vuestra profesión?

El soldado.—He trabajado en la labranza.

El comandante.—Sabeis lo que os espera si insistís en vuestra terquedad?

El soldado.—Sí, mi comandante; y espero fuadadamente que no seré yo solo, y si os encontrárais docientos como yo, sabríais lo que hacer?

El comandante.—¡Es que vos sois solo en toda la Francia!

El soldado.—Sí, mi comandante; pero si vos sembráis un grano de trigo, al año siguiente tendreis veinte.

El germen que sembró con su acto este soldado fructifica porque dos ó tres más han rehusado como él servirse de las armas, aunque es posible que esta germinación no se ofrezca con la rapidez que indicaba.

La evolución humana es más lenta que la evolución de un grano de trigo.

¡Pero este diálogo entre un simple trabajador del campo y un oficial superior, cuán sugestivo es! ¡Cómo alumbró con una viva luz la imaginación de los jóvenes de hoy, de los que llegan a la edad de hombres!

El ejército no es ya la escuela del honor como fué en otros tiempos; no tiene ya una aureola de gloria. Comienza a ser la escuela del terror, como ya lo hemos designado.

En todas partes la juventud protesta contra el militarismo; contra el ejército. En Nápoles se producen escándalos por los fraudes que se cometen por los jóvenes de la burguesía para ser declarados exco-

mutados. En Irlanda, es la propaganda de Maud Gonne, abogando por una disminución de más de cincuenta por ciento del contingente irlandés en el ejército británico. En Francia se dan los casos citados y un número creciente de insubordinaciones y desertiones.

La propaganda por medio de la pasividad que ha adoptado ese joven artillero es la más peligrosa para el militarismo. Exige una gran energía y un gran poder sobre sí mismo. Y aunque esa propaganda no se extiende sino muy lentamente, no resulta menos grave.

Suponed, en efecto, en cada país algunos de esos discípulos de Tolstoy. Tras la desobediencia, consejo de guerra y condena de prisión. Pero esto no se puede hacer silenciosamente: la prensa con sus mil bocas habla de estos hombres y de sus procesos.

El instinto de imitación de los demás hombres se pone en acción, tanto más cuanto que las mismas causas que han motivado el acto de los discípulos de Tolstoy, puede pesar sobre los otros hombres en el mismo sentido. Y el ejemplo se sigue. ¿Qué hacer? ¿Reprimir más todavía? ¿Condenarlos a muerte? ¿Para qué? El martirio atrae y de la semilla sangrienta se recolecta una abundante cosecha. ¿Qué hacer? Nada más que enviar a ese hombre y a todos los que le imiten a las enfermeras, pero enviarlos sin ruido, sin proceso, ó declararlos incapacitados para el servicio militar.

Pero el mundo militar no hará esto porque este acto sería contrario a su naturaleza. Está para la represión, y la represión vigorosa, sangrienta, fuerte. Por otra parte los gobiernos acuden voluntariamente a la imposición, al silencio, para impedir la propaganda contra el militarismo. En Italia han perseguido ahora últimamente a un abogado de Milán, Lucini, por haber cometido el gran crimen de dar cuenta de la nueva edición italiana de nuestro libro "La psicología del militar de profesión"; es decir, por publicar en la *Italia del Popolo* lo que se encuentra en ese libro. En Alemania, a pesar de todo, no han podido impedir la revisión del proceso Kropotkin. En Francia las persecuciones persisten en todos los afectos de Mr. Hervé y de otros.

Nada sirve para imponer silencio. Los hechos hablan más por ellos mismos que todas las declamaciones. El antimilitarismo actual es debido a la expansión del militarismo; y ha sobrevenido la reacción natural é inevitable. Que no puede menos de seguir aumentando.

A. Hamón.

Quisiera que me señalasen en la historia una monarquía que no haya sido fundada por un ladrón.
C. H. Noddy

